

Año 1948

11 junio

13

ABE

cia perfecta de su aterrizaje en el aeropuerto de llegada. ¡Ah!, qué alegría de españoles nos procura ver una organización nuestra batir las marcas de la destreza y de la eficacia en lucha con otras tentaculares, veinte veces más ricas, pero en baja, respecto de la nuestra los globos rojos del coraje, de la seriedad y de la disciplina; qué extraño y bello sentimiento ese de hojear el listin de itinerarios y sorprendernos, prefiriendo a la dotación indígena sobre las foráneas no por chauvinismo, sino por cordura...

Cantemos, sí, a nuestros aviadores, que son los más seguros arcángeles de los aires, lebreles de los cielos, "Chiqueis de Valls" para las empingorotadas nubes... Y enterémonos, a conciencia, de cómo marcha eso que tan bien marcha. Y en qué resortes se apoya y qué óleos lo lubrica y con arreglo a qué didascalia se ha formado. Porque vamos a darnos cuenta, de pronto, con una alegre sorpresa, de que tenemos en barbecho una serie de calidades temperamentales con las que no contábamos, de las que éramos ignorantes y a las que una varita de Moisés ha alumbrado en el coto, pequeño, pero significativo, de nuestra Aviación. Significativo porque es juvenil, algo así como recién alumbrado, y porque funciona con una precisión y una prudencia a la verdad maravillosas. Pequeño, porque aun no alcanzó la anchura que merece y le espera; confesemos que somos ambiciosos y que aspiramos a que del arco de Barajas se disparen flechas que irradian a todos los puntos del globo. En el ínterin, el viajero está todavía en sazón de conocer no sólo los aviones de servicio, sino inclusive los nombres de los pilotos. (También, en los tiempos iniciales de los ferrocarriles, sabíamos los de las locomotoras, ya que no los de los maquinistas.) Pero empiezan a oírse otros que ignorábamos y que son igualmente fieles a la técnica aprendida. La línea de la veteranía está en su cenit. La gloria de los Ansaldo, de los Loring, de los Pombes... —apellidos que los españoles familiarizados con las comunicaciones aéreas deberán recordar siempre con gratitud— crea un clima de emulación en torno suyo, y los que les suceden parecen vaciados en su mismo troquel. Así, el firmamento que las alas nacionales recorren, está arado por muchas horas previas de infatigables ensayos; el azar fué ahuyentando de la matemática escrupulosa de sus vuelos, y un espíritu de buen "pater familiae" señorea el viejo coto de la aventura.

Ya está el avión en el aire; rumbo a su destino. Cúmulos, nimbos y estratos forman sus mudables archipiélagos bajo el tren de aterrizaje. El reencontrado sol cambia en luz alegre la bruma de la pista de salida. Un oficial del avión asoma en el umbral de la cabina. Todos nos arrellanamos en nuestros asientos, confiadamente. A la experiencia, a la probada pericia del piloto, entregamos sin zozobras, sin inquietudes, seguros de que no habrá fraude para nadie, el equipaje de nuestras propias vidas.

Joaquín CALVO-SOTELO

UN ELOGIO DEBIDO

CANTEMOS, con el entusiasmo y el calor que se merecen, a los aviadores españoles. La infalibilidad es la divisa de sus alas; la exactitud, de sus motores; la prudencia, de sus bien templados corazones. Es un bien, que su servicio impar nos proporciona, saber que la certeza, sin fallos y sin riesgos, de la arribada la defienden las más inverosímiles estadísticas. Si un avión español se ha elevado porque los vientos soplaban propicios, porque todo se encontraba a punto en la carlinga de mandos, sólo la fatalidad, imprevisible, puede oscurecer la gra-